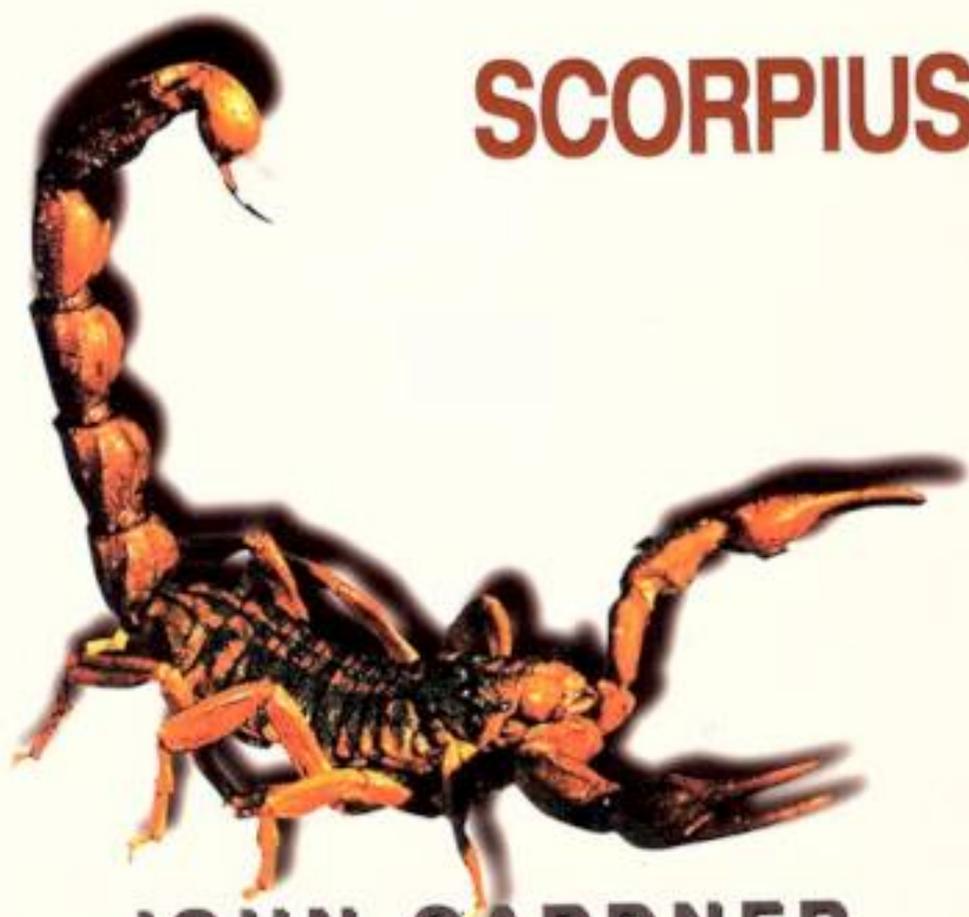


JAMES BOND 007

SCORPIUS



JOHN GARDNER

En el Támesis aparece flotando el cadáver de una muchacha en cuya agenda de teléfonos figura únicamente el número de James Bond. Los Servicios Secretos se interesan inmediatamente por el caso, pues esa chica, que pertenecía a una conocida familia londinense, estaba relacionada con una misteriosa secta llamada «Sociedad de los humildes», fundada y dirigida con mano de hierro por un curioso personaje, el padre Valentine. Los Servicios Secretos desean saber qué conexión hay entre la secta y las ricas herederas, así como su vinculación con un siniestro personaje, Vladimir Scorpius, traficante de armas apodado «el Rey del terror».

«Scorpius» es la séptima novela —la quinta que se publicaría en España— que John Gardner escribiera sobre el agente británico. Tras «Scorpius», sólo llegaría al mercado español las novelizaciones de «Licencia para matar» y «GoldenEye».^[1]

Dedico este libro a Alexis y John, Simon y
Miranda

1. La milla más larga

Eran exactamente las doce y diez minutos de la noche cuando la muchacha, tras haberse apeado del tren, se detuvo un momento para leer sorprendida el letrero que se exhibía ante un quiosco de periódicos cerrado y en el que se anunciaba: «*El primer ministro convoca elecciones generales para el 11 de junio*». Ahora comprendía por qué se habían dado las órdenes y por qué había rehusado instintivamente quedarse a obedecerlas.

No se dio cuenta de que estaba lloviendo hasta que hubo salido del gran vestíbulo de la estación de Waterloo. Era preciso que alguien la ayudara. Volvió al interior de la estación intentando utilizar tres teléfonos públicos hasta que encontró uno no desmantelado todavía por los gamberros. Marcó el número 376 de Chelsea y esperó mientras el timbre sonaba y sonaba, y ella se entretenía fijando sólo una pequeña parte de su atención en las inscripciones marcadas en la pared, números de teléfono junto a nombres de chicas que ofrecían servicios no especificados claramente y alguna que otra frase obscena. Viendo que nadie contestaba a su llamada, colgó el auricular. Tenía la sensación de estar muy lejos de Londres y creyó que iba a desmayarse o ponerse a llorar. Él nunca la habría sermonado, sino que habría comprendido y la habría ayudado o aconsejado. Ahora sólo le quedaba una opción: irse a su casa.

Pero su casa era el último lugar al que hubiera querido dirigirse, aunque, a decir verdad, no le quedaba otra alternativa.

No había ningún taxi libre por los alrededores. Entretanto la lluvia se había ido transformando en una suave llovizna, cosa normal en mayo. Menos mal que el camino era corto. Pero aquella milla podía resultarle muy larga.

¿Qué se lo había hecho recordar? Sí. Una canción: «*La milla más larga es la que falta recorrer para llegar a casa*».

Empezó a caminar alejándose de la estación para tomar la York Road y cruzar el puente de Westminster. Una vez en el lado opuesto observó que el edificio del ayuntamiento continuaba iluminado, con un aspecto más parecido al de un hotel de lujo que a un campo de batalla para los políticos de la capital. El tráfico y los peatones se habían vuelto escasos. Pasaron tres taxis con el «libre» apagado. Le pareció extraño que en Londres, en cuanto empieza a llover, los taxis parecen encaminarse todos a sus garajes o están ocupados por pasajeros que no se ven.

Cuando hubo alcanzado el extremo opuesto del puente torció a la derecha, en dirección al Victoria Embankment. Al otro lado de la calle, tras de ella, se elevaba magnífica la torre del Big Ben, mientras que a su derecha, la negra y siniestra estatua de Boadicea, en su carro de guerra, parecía una mancha oscura destacando contra el cielo.

El piso de sus padres se encontraba a menos de diez minutos de distancia caminando, y empezó a preguntarse cómo la acogerían al presentarse ante ellos de manera tan inesperada. La parte de su carácter dominada aún por la obstinación se rebelaba ante la idea de regresar. Iban a producirse las inevitables recriminaciones, pero como ellos habían hecho lo posible y lo imposible para que volviera, le demostrarían al menos cierta satisfacción o agrado. Su problema consistía en tener que admitir que sus padres siempre tuvieron razón.

Conforme entraba en el Victoria Embankment, sintió una repentina sensación de alarma. Comprendió de improviso que había bajado la guardia mientras cruzaba el puente. Porque sin duda alguien la vigilaba. Aquello era tan cier-

to como la luz del día. Hasta entonces había tomado sus precauciones. Como la estación de Paddington era la que normalmente hubiera utilizado para llegar a Londres y alguien estaría esperándola allí, empleó algunas horas más en el viaje, cambiando de trenes y tomando un autobús con el fin de entrar por Waterloo y no por Paddington. Pero probablemente vigilarían también la casa de sus padres. De esto no le cabía la menor duda.

Conforme todas estas ideas cruzaban por su mente dos hombres emergieron repentinamente de las sombras, quedando iluminados por el círculo de luz que los faroles formaban frente a ella.

—¡Mira qué tenemos aquí! —exclamó uno de ellos con voz de borracho.

La muchacha se arrebujó aún más en su fino impermeable blanco, como si éste pudiera proporcionarle alguna protección adicional.

Pero conforme los dos hombres se acercaban a ella comprendió que no eran la clase de los que hubieran puesto para seguirle los pasos. Vestían pantalones vaqueros y cazadoras de piloto llenas de metales incrustados y de cadenas, y llevaban el pelo erizado y teñido, uno de rojo y naranja, y el otro de carmín y azul.

—¿Vas sola, cariño? —le preguntó el más corpulento.

Ella dio un paso atrás apoyando una mano en la pared que quedaba a su espalda. Estaba segura de que en algún lugar cercano habría una abertura con escalones para bajar al amarradero, donde durante el verano los turistas dejan sus botes luego de navegar de un lado a otro por el Támesis.

Aunque era una insensatez, se dijo que quizá existiera alguna posibilidad de escapar por allí.

—¡Vamos, nena! No tienes por qué asustarte de nosotros.

Las voces de ambos sonaban igual, enronquecidas por la bebida.

—Una chica tan mona no iré a decir que no a un par de chicos guapos como nosotros, ¿verdad?

Se iban acercando lentamente. Ella creyó incluso percibir el olor del alcohol. También era desgraciado que le ocurriera aquello cuando ya estaba casi a salvo. Ir a tropezarse con dos atracadores o quizá algo peor.

Aquella última idea quedó confirmada bien pronto.

—Vamos a pasar un rato agradable ¿verdad? —la sonrisa de hiena del que hablaba fue claramente visible a la luz difusa de los faroles.

Su compañero exhaló una desagradable risa de borracho.

—Diré que sí aunque tengamos que echarla por la fuerza en el suelo.

Mientras sus agresores continuaban avanzando, ella encontró de improviso el hueco en la pared. Volviéndose, empezó a bajar a trompicones en dirección al río, agarrando con una mano el bolso que llevaba colgado del hombro y sintiendo cómo el terror encendía en su cerebro una luz que parecía dificultarle la respiración y le contraía el estómago.

Los dos rufianes empezaron a bajar tras ella, haciendo resonar sus botas sobre los amplios escalones. Cuando percibió el olor del agua, su miedo se transformó en pánico. Se dijo que no tenía escapatoria porque no sabía nadar. No había allí ahora ninguna embarcación en la que poder esconderse; tan sólo la hilera de postes de metal unidos por una cadena.

Se le echaban ya literalmente encima y no tuvo más remedio que enfrentarse a ellos, decidida a luchar en la medida de sus fuerzas. Tenía que defender su pureza. La pureza era lo más importante. Todos lo afirmaban. Y también el padre Valentine. Tenía que conservarse pura costara lo que costara.

Dio un paso atrás y la cadena le rozó la parte posterior de las rodillas, haciéndole proferir un grito, tambalearse y

tropezar. Perdió el equilibrio al resbalar sobre las piedras húmedas, y las piernas se le enredaron en la cadena, manteniéndola suspendida unos momentos en el aire. En seguida se hundió en el agua, notando cómo ésta la envolvía con su negrura, llenando su nariz y su boca, mientras el impermeable flotaba como un globo a su alrededor y el peso de sus ropas y su bolso la arrastraban hacia el fondo. Oyó cómo alguien gritaba y en seguida comprendió que era ella misma, tosiendo, gorgoteando y escupiendo mientras daba manotazos en el agua, con el cuerpo agarrotado por el terror.

Como si viniera de mucha distancia le pareció oír la voz de su viejo profesor de educación física, aquel sádico que intentó enseñarle a nadar echándola sin previo aviso en la piscina. «*¡Vamos! No hay que bracear tanto. Pareces un pelícano borracho. ¡Domínate! ¡Venga!... ¡Qué chica tan idiota, tan idiota, tan idi...!*»

La oscuridad la invadió. Sintió una terrible y al propio tiempo serena debilidad. Al pánico le sucedió una especie de calma. Cesó de luchar como atontada por un anestésico y se sumió por fin en un sueño del que jamás despertaría.

2. El cuerpo flotante

M tenía demasiados problemas pendientes de solución para perder el tiempo hablando con el agente de la Sección Especial, y su leal miss Moneypenny lo sabía perfectamente. En el edificio que albergaba la Sede Central, con vistas a Regent's Park, se estaban llevando a cabo una serie de desagradables y prolongados trabajos de limpieza y reacondicionamiento. Los auditores llevaban allí una semana, ocupando un espacio que se necesitaba para otras cosas, mientras se dedicaban a comprobar minuciosamente las cuentas de cada departamento y acaparaban la atención y el tiempo de buen número de funcionarios superiores.

Aquellas auditorías que tenían lugar cada dos o tres años representaban un muy grave trastorno para todos. Una vez terminadas, los auditores regresarían a su lugar de procedencia; es decir, a lo que M llamaba su escondrijo de piedra cercano al Long Water en los jardines de Kensington. Pero aquello no significaba que los problemas hubieran terminado.

En el plazo de tres meses los informes serían estudiados con todo detalle por un selecto grupo de personas entre las que se incluían el ministro de Hacienda y el de Asuntos Exteriores, quien luego presentaría las cifras para el voto secreto ante los miembros del gabinete y ante la tesorería.

Dicho voto secreto era un elemento vital para M, ya que de él dependía la asignación que se otorgara a su departamento y de la que dependía la vida de éste. Era el dinero con el que pagarlo todo, desde los salarios de los emplea-

dos bajo su mando a la formación de agentes, los gastos adicionales, la investigación, y un centenar de otras cosas, incluida la compra de clips sujetapapeles y de las grapas que usaban en el piso octavo, donde M tenía su suite y sus oficinas.

Una auditoría representaba sufrir días de tensión a la que ahora se añadía la producida por el anuncio de unas elecciones generales. En menos de un mes, M estaría trabajando para idénticos amos en el Ministerio de Asuntos Exteriores, porque los gobiernos se hacen y deshacen, pero los mandarines de Whitehall son siempre los mismos. Pero podía ocurrir que la actitud respecto a la tarea desempeñada por el servicio dirigido por M variase quizá drásticamente si el gobierno que ocupase el poder era de un color político distinto. Estos cambios de gobierno, o incluso sólo la *posibilidad* de que ocurrieran, ponían al jefe del Servicio Secreto al borde de un ataque de nervios. Aquel día su horario estaba colmado, incluyendo cinco reuniones de alto nivel y una comida en el Blades con el presidente del Comité de Inteligencia Conjunta.

El agente de la Sección Especial había dicho que lo que tenía que comunicar era urgente, sólo para conocimiento personal de M. La señorita Moneypenny consultó su reloj y pudo comprobar que el agente llevaba ya casi una hora esperando. Se había presentado, sin previo aviso, sólo diez minutos después de que M regresara de comer. Moneypenny hizo una aspiración profunda y llamó por el intercomunicador.

—Diga —gruñó M.

—No habrá olvidado usted que el superintendente jefe Bailey está esperando, ¿verdad? —repuso ella tratando de adoptar un tono desenvuelto, de persona eficiente.

—¿Quién ha dicho usted que está esperando? —preguntó M, quien de un tiempo a esta parte había vuelto a adoptar su viejo hábito de obviar ciertos asuntos pretextando tener una memoria como un colador.

—El agente de la sección —repitió ella con tacto.

—Que yo sepa, no estábamos citados —replicó M.

—No, señor. Pero he dejado en su mesa el memorándum de su jefe, antes de que usted regresara de comer. Su petición es urgente.

Se produjo una pausa durante la cual Money Penny pudo oír el crujir del papel conforme M leía el memo.

—¡Ah ya! Como el jefe de la sección no puede venir personalmente, ha mandado a un lacayo —gruñó M—. Pero ¿por qué hemos de ser nosotros? Por regla general inordinan a nuestros hermanitos del Cinco. Podía haber dirigido sus pasos hacia Curzon Street o a dondequiera que se haya instalado estos días dicho servicio.

Aunque la Sección Especial trabaja con el MI5 —Servicio de Inteligencia Militar— siempre que éste se lo pida, no actúa como defensor sistemático del mismo, e incluso se sabe que a veces han rechazado alguna petición del Cinco porque tienden a obrar con cierta precaución. Son responsables no ante un ser sin rostro radicado en Whitehall, sino directamente ante el comisario de la Policía Metropolitana. Sólo en raras ocasiones la sección recurre al Servicio Secreto de Inteligencia, que era el feudo de M.

—No tengo la menor idea de por qué recurren a nosotros, señor. Sólo sé que el jefe de la sección quiere que reciba usted a este funcionario LAP.

M produjo un extraño sonido chasqueando la lengua.

—¡Una expresión muy curiosa, Money Penny...! LAP quiere decir «lo antes posible», ¿verdad? ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Bailey, señor. El superintendente jefe Bailey.

—¡Ah, bueno! —otro suspiro—. Más vale que me lo pase.

Bailey resultó ser un caballero alto y bien vestido, de treinta y tantos años que llevaba un traje caro, de corte clásico.

M notó en seguida que lucía la corbata de un prestigioso colegio de Cambridge. Los modales de Bailey eran sumamente agradables. Hubiera podido pasar perfectamente por un joven médico o abogado. M se dijo que no hubiera desentonado ocupando una plaza en el Cinco.

—No nos habíamos visto hasta ahora, señor. Mi nombre es Bailey —el funcionario de policía fue directamente al grano, tendiendo su mano a M—. El HOB le pide disculpas, pero va a estar ocupado todo el día con los jefes del A11 y del C13.

Al A11 se le suele conocer como Diplomatic Protection Group, y es el que proporciona guardaespaldas a los políticos y a los miembros de la realeza, ya sean visitantes o del país. La C13 es la Brigada Antiterrorista, que guarda estrecha relación con el MI5 y el Servicio Secreto de Inteligencia, así como con la C7 su propia Sección de Apoyo Técnico, y la D11 o «Boinas Azules» el departamento de armas de fuego de Scotland Yard, donde una brigada de especialistas de élite está siempre dispuesta para intervenir en caso de incidentes graves.

—Andamos un poco de cabeza desde que el primer ministro se fue al campo —explicó Bailey sonriendo.

—A los demás nos pasa igual —observó M con cara de circunstancias—. Esta no es su zona de operaciones habitual, ¿verdad, superintendente jefe?

—No. No lo es, señor. Pero se trata de un caso especial. El HOB quiso que me entrevistara con usted personalmente.

M guardó silencio, mirando a su visitante sin que en su rostro se pintara la menor expresión. Finalmente hizo un ademán señalando una silla.

Bailey se sentó.

—Bueno. Vayamos al grano —empezó M con calma—. A ninguno de los dos le sobra el tiempo. ¿Cuál es el motivo de su visita?

Bailey carraspeó. Ni los más experimentados funcionarios de la policía pueden evitar dicho hábito, nacido de haber tenido que prestar declaración en tantos tribunales.

—A primeras horas de esta mañana se ha descubierto lo que en mis primeros tiempos en la policía se llamaba un «cuerpo flotante».

—Un cadáver encontrado en el agua —murmuró M.

—Exacto, señor. Lo recogió la patrulla fluvial cerca de la Aguja de Cleopatra. No se ha notificado todavía a la prensa, pero llevamos trabajando toda la mañana en el caso. Está involucrada gente importante. El propio jefe de la sección lo ha comunicado a la familia. La víctima es una joven de veintitrés años, la señorita Emma Dupré, hija del señor Peter Dupré.

—¿El financiero? ¿El banquero? —preguntó M con la mirada brillante como si empezara a sentir verdadero interés.

Bailey hizo una señal de asentimiento.

—El mismo, señor. Director del Gomme-Keogh, un banco mercantil impecable, de reconocida solvencia. Según me han dicho, el Foreign Office solicita a veces los servicios de algunos de sus empleados de categoría para que actúen como auditores.

—Sí. Sí. En efecto —repuso M al tiempo que se preguntaba si aquel joven sabía que en aquellos precisos momentos un miembro del Gomme-Keogh, se hallaba en el mismo edificio dedicándose precisamente a tal tarea—. ¿Un suicidio? —preguntó con la cara tan impasible que ni el más experto interrogador u observador policial hubiera podido adivinar lo que estaba pensando.

—No lo creo, señor. Se ha practicado la autopsia. La muerte fue por ahogo. El cuerpo no ha estado mucho tiempo en el agua..., seis o siete horas como máximo. Según el informe que he visto, parece un accidente. Pero existen algunos detalles curiosos. La muchacha había sido desenganchada recientemente de la heroína. Según algunos miem-

bros de la familia, esto ocurrió en los últimos dos meses. Todavía no hemos hablado con sus padres.

M volvió a asentir mientras esperaba que el funcionario de policía continuara.

—¿Ha oído hablar de una agrupación religiosa... una bastante excéntrica por cierto, que se llama «*Los Humildes*», señor?

—Un poco nada más. Son algo así como los Moonies, ¿verdad?

—No del todo. Poseen una filosofía, pero la secta es muy distinta a los Moonies. Por ejemplo, los Humildes sacaron de la droga a esa chica..., me refiero a la difunta. No cabe duda alguna. Practican una moral muy estricta. No permiten a nadie vivir promiscuamente en su comunidad. Las parejas han de pasar primero por cierta forma de matrimonio a la que sigue su paso por el registro civil. Insisten en que se conserven los antiguos valores. Pero en cuanto se apartan de la cuestión moral, tienen unas ideas muy raras.

—Bueno, señor jefe superior, ¿me quiere decir qué tiene que ver esto conmigo y mi servicio? Los grupos religiosos raros quedan fuera de nuestra órbita.

Bailey levantó la cabeza y abrió la boca durante un segundo; la volvió a cerrar y la abrió de nuevo para decir:

—Se trata de esa joven, señor. Miss Dupré. Le hemos encontrado algunos objetos curiosos. Cuando la sacaron del Támesis oprimía en sus manos uno de esos bolsos tan de moda entre las chicas, en los que llevan de todo, desde una libreta de notas a un fregadero. El bolso era excelente..., con buen cierre de cremallera, de modo que el agua no entró.

—¿Y es en ese bolso en el que han encontrado objetos curiosos?

El funcionario de la Sección Especial hizo una señal de asentimiento.

—Sí. La libreta de notas por ejemplo. Todas las páginas que contenían señas y números telefónicos habían sido arrancadas, excepto una en la que figura un número escrito a toda prisa en una página correspondiente a la presente semana. En mi opinión lo anotó de memoria porque un guarismo está tachado y sustituido por otro.

—¿Y qué tiene eso de particular?

—Que el número es el de uno de sus funcionarios, señor.

—¿De veras?

—Es el del comandante Bond, señor. Del comandante James Bond.

—¡Ah! —exclamó M mientras su mente sopesaba todo un cúmulo de posibilidades—. Bond se encuentra ausente de Londres en estos momentos —hizo una pausa—. Pero puedo obligarle a que vuelva si es que quiere hablar con él. Es decir, si piensa que puede serle útil para la prosecución de sus pesquisas..., como se dice en la prensa.

—Sí que puede sernos útil, señor. Pero hay un par de cosas más. Según tengo entendido, lord Shrivenham, que también pertenece al Gomme-Keogh está trabajando aquí en estos momentos. Me gustaría hablar con él —observó cómo las cejas de M se contraían ligeramente—. La hija de éste, la honorable Trilby Shrivenham era íntima amiga de la señorita Dupré. Ha pasado por problemas de drogas iguales a los suyos, y también es miembro de los Humildes. Creo que lord Shrivenham está muy afectado por ello.

—¿Quiere ver a Shrivenham? ¿Aquí? ¿En este lugar? —preguntó M mientras su ágil mente se preguntaba de qué modo podría hacer algo por Basil Shrivenham. Porque un pequeño favor ahora quizá le resultaría útil cuando llegara el momento del voto secreto.

—Primero me gustaría entrevistarme con el comandante Bond —declaró Bailey con aspecto impasible—. Según lo que me diga, existe otra cuestión que debería ser debatida..., estando presente lord Shrivenham.